



HOGAR DE CRISTO: UNA ORGANIZACIÓN, UN MÉTODO, UNA FAMILIA

*P. Carlos Olivero **

Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida: nadie va al Padre sino por mí (Jn. 14, 6).

Cuando en nuestro país se habla del Hogar de Cristo o de los Hogares de Cristo, nunca queda bien claro de qué cosa estamos hablando, ni si es uno o son muchos. Sabemos sí, que se trata de gente católica que se dedica a acompañar personas con problemas de adicción, pero no sabemos mucho más. Es muy distinto a lo que ocurre en Chile. Cuando allí se habla del Hogar de Cristo, todo el mundo entiende que se está haciendo referencia a la institución fundada por el sacerdote jesuita San Alberto Hurtado. En nuestro país admiramos al santo chileno, en particular su compromiso de hombre de fe con los problemas de su época. Tal vez por esa razón quisimos poner nuestro Hogar de Cristo bajo su guía y protección, pero esto de acá es otra cosa, no es una institución como la chilena.

En la Argentina, cuando hablamos del Hogar de Cristo estamos hablando de una federación, de un método y de una familia. Voy a tratar de explicarlo un poco.

La organización. A nivel organizativo diremos que no se trata de una empresa, ni de una institución asistencial. No es tampoco un centro de recuperación de adictos, pero ¿es una institución?

Sí. Una federación es una organización de segundo grado, es decir, no se asocian personas sino organizaciones. Cada una de esas organizaciones es autónoma y responsable. Por eso es que se suele hablar de “los Hogares de Cristo” como si fueran muchos. Y es que son muchas las comunidades que quisieron recorrer el camino de “*Recibir la vida como viene*”. Pero cada comunidad, cada centro barrial, responde a su propia realidad; en su propio lugar, se hace cargo de su propia respuesta. Tenemos algunos criterios comunes, pero cada comunidad se construye en la relación con su propia realidad.

Hace unos años, esto fue para nosotros un hallazgo, porque hasta 2010 o 2011 pensábamos que nuestro Hogar de Cristo podía ser una institución y lo discutimos mucho. Ese era el modelo de organización que conocíamos. Mirábamos el Hogar de Cristo de

* El padre Carlos "Charly" Olivero es vicario parroquial de la comunidad de Nuestra Señora de Caacupé, en la villa 21-24, del barrio de Barracas, en la ciudad de Buenos Aires. Es uno de los coordinadores de los centros barriales que conforman la Federación de la Familia Grande Hogar de Cristo

Chile, o el Cottolengo Don Orión de Claypole, y muchas otras grandes instituciones que eran para nosotros y para la Iglesia un ejemplo, y nos preguntábamos si debíamos transitar esas mismas sendas de organización.

Pronto comprendimos que no era posible para nosotros ese tipo de arquitectura organizacional, pues veíamos que nuestra realidad no entraba en ese recipiente. La diversidad de cada territorio nos llevó a entender que no se podían tomar decisiones para todos, ni podía haber respuestas monolíticas que se aplicaran de igual manera en cada centro barrial. No podíamos tener un estatuto que reglara las acciones de esos centros barriales, que dijera qué hacer y qué no hacer. ¿Por qué íbamos a hacer eso y con qué objetivo, si los caminos más luminosos eran respuestas a la propia realidad territorial?

Con el “diario del lunes”, me animo a afirmar que la decisión de ser federación fue sumamente acertada, porque en este tiempo tan líquido y cambiante en el que las respuestas de hoy son viejas mañana, y en esta problemática tan compleja de la adicción, que toma el rostro de infinitos contextos, es un acierto que muchas mujeres y varones en distintas geografías de nuestro país estén buscando caminos y respuestas. La concentración del poder de decisión que subyace en los modelos organizacionales más tradicionales es inversamente proporcional a la posibilidad de encontrar los caminos. Si más personas buscan, es más probable encontrar caminos. Comprendimos que en estos tiempos líquidos se requieren organizaciones flexibles; más que una pirámide jerárquica, necesitábamos una red.

Sin embargo, esta flexibilidad de la organización también se encuentra con grandes dificultades. Los riesgos de equivocarse el rumbo o de perder la unidad son mucho mayores. Por eso la figura que elegimos fue la de la federación, porque cada comunidad es autónoma y responsable, pero para conservar una cierta unidad y responder los problemas comunes es necesario cuidar una mística y una mirada común. Esa es la tarea de la Federación Familia Grande Hogar de Cristo (FGHC).

Un aspecto más para tener en cuenta, que también es importante: para poder federarse, una comunidad debe tener personería jurídica.

Muchas de las acciones sociales que se encaran desde las comunidades, e incluso desde la misma Caritas, utilizan la personería de la parroquia, el obispado o la congregación. Nosotros entendemos que cuando trabajamos en serio en temas complejos y de marginalidad, las responsabilidades que asumimos son muchísimas. Por eso proponemos a las comunidades que desarrollen su propia personería jurídica, porque en muchas ocasiones las espaldas de los obispos y congregaciones están sobrecargadas.

Pero también hemos visto que muchas ONG tienen poca pertenencia eclesial, y es parte de la mirada de la Familia Grande del Hogar de Cristo reconocerse como una respuesta eclesial. Por esa razón, para federarse una organización debe tener el aval de su obispo o del superior de la congregación en esa provincia eclesial. Entonces es tarea de la federación FGHC cultivar una mística de pertenencia eclesial. El objetivo de la FGHC es que las personas que están más rotas encuentren en la Iglesia una familia que las abraza.

El método. Como adelantamos al hablar de la organización, en la FGHC es importante delimitar bien lo que esperamos que sea común en todas las comunidades y lo que es bueno que sea diverso.

Evidentemente, nuestras acciones no pueden cerrarse en un modelo y replicarse sin más en los diversos territorios y realidades: lo que funciona bien en un lugar tal vez no sea apropiadas para otro. Los recursos que sobran por acá no están allá, y viceversa. Quien quisiera trasplantar un centro barrial ya constituido de un barrio a otro sin entrar en diálogo con la historia iría directamente al fracaso. Lo que tal vez se puede hacer con un hospital de día, o con un centro ambulatorio para el tratamiento de las adicciones, es absolutamente inviable entre nosotros.

Es claro entonces que no compartimos un modelo; lo que nos une es el método. No es el punto de llegada sino el modo de caminar.

“Recibir la vida como viene” es nuestro método. Ese lema, que Dios nos regaló en la prédica del cardenal Bergoglio el día de la inauguración del primer centro barrial, es para nosotros una fuente inagotable de vida. Siempre pienso que aquel Jueves Santo, 20 de marzo de 2008, el entonces arzobispo de Buenos Aires le prestó la boca al Espíritu Santo para lanzarnos esa palabra viva, esa que en tiempo se fue desgranando y revelándonos un poco más del misterio de Dios y su camino para nosotros. Señalo a continuación seis aspectos de nuestro método, recibir la vida como viene:

Primer aspecto: “Recibir *todas* las vidas como vienen” es para nosotros el reconocimiento de la dignidad absoluta de todas las personas. Es la afirmación tenaz de que nadie está de sobra, de que más allá de los pecados y crímenes que esa persona haya cometido, de la religión que profese, de la clase social de la que provenga, de la raza que proceda, de la orientación sexual que tenga, de las ideas que detente, o de las banderas que enarbole... más allá de todo eso la vamos a recibir con un abrazo, nos vamos a alegrar de su llegada, y vamos a estar dispuestos a hacernos familia y a compartir la vida. Es recibir la *totalidad* de las vidas, empezando por las más rotas. A estas, incluso, las vamos a ir a buscar.

Segundo aspecto: “Recibir *toda* la vida como viene” es también desarrollar una mirada integral que supere la fragmentación temática propia de las especialidades y disciplinas. Es la mirada de la mamá, del papá, del hermano, la hermana, de los abuelos. Es la mirada que no se acaba en los aspectos psicológicos, médicos, educativos o laborales, sino que se ensancha para verlo y acompañarlo todo, también el tiempo, el cumpleaños de 15, la enfermedad, la soledad, la compañía de los días feriados, el noviazgo, las dificultades con el dinero, la cárcel, etc. Es una mirada que llega incluso a acompañar –como lo hace la familia– hasta la misma muerte y más. Si la mirada del especialista es profunda y angosta, porque sabe muchísimo de un solo aspecto, la mirada integral en cambio es más plana; no sabe tanto de cada parte, pero es lo suficientemente ancha para abrazarlo todo, para no dejar afuera ningún aspecto. Como no tiene todas las respuestas, se dispone a acompañar todos los recorridos. Recibir la vida como viene es mirar la *integralidad* de la vida, todos sus aspectos y dimensiones y disponerse a acompañar.

Tercer aspecto: Alguien irrumpió en nuestro lugar, barrio, parroquia, colegio... Llegó arrastrando un dolor, una situación desesperada, y nosotros debimos abrir nuestras puertas

aun cuando no estábamos preparados. Es porque habitualmente la vida viene de un modo inesperado e inoportuno. No avisa, irrumpe. Por eso al recibirla nos desinstala y nos lleva a esa zona de riesgo que el Papa vislumbra cuando para acompañarnos dice (EG 49): “Prefiero una Iglesia accidentada, herida y manchada por salir a la calle, antes que una Iglesia enferma por el encierro y la comodidad de aferrarse a las propias seguridades”. Con el tiempo vamos intentando organizar ese lugar que hicimos, generar alguna instancia de seguridad sin traicionar la hospitalidad. La organización es ahora más inclusiva como consecuencia de *permanecer* en la apertura. Cuando “recibimos la vida como viene”, esta nos va modelando, nos va cambiando, nos va señalando qué muros debemos derribar y qué puentes construir. Con el tiempo llegamos a reconocer que nuestra identidad no es otra cosa que la marca que nos fue dejando la Vida al llegar.

Cuarto aspecto: “Recibir la vida como viene” es estar abiertos a la bendición. La *hospitalidad* es reconocer que el que llega es el mismo Cristo. Cuando la Iglesia recibe y pone en el centro a los más pobres, que son los bendecidos de Dios, se contagia la bendición, y la alegría, que es el signo de la presencia de Dios, renace.

Quinto aspecto: “Recibir la vida como viene” es reconocer que por el principio de la Encarnación Dios siempre está viniendo en la realidad y especialmente en los más pobres. Descubrir la realidad atravesada por Dios es para nosotros la tarea más importante. Por eso, si Él viene, nosotros debemos *discernir*, descubrir dónde está, cuándo, cómo, y qué camino nos está señalando.

Sexto aspecto: Por último, reconocemos que el camino no es lineal, que tiene avances y retrocesos. Por eso, “Recibir la vida como viene” es también recibir los *fracasos*. Aprendemos más de ellos que de los logros. El fracaso y la fragilidad son el motor de nuestras búsquedas, la oportunidad de preguntar, de necesitarnos, de encontrarnos con los otros. El camino de nuestras comunidades no está tejido de virtudes, logros y generosidades; esas cosas están bien y suman, pero lo más importante de todo, lo que no puede faltar, es la comunión de saberse hermanos, hijos del mismo Padre, todos frágiles y necesitados.

En el Hogar de Cristo no tenemos un modelo; tenemos, en cambio, un método, un modo de caminar, de ir comprendiendo qué paso debemos dar en la lectura de los acontecimientos. El método es el modo que tenemos de relacionarnos con la realidad, con los demás, con nosotros mismos y con Dios. Nuestra tarea es discernir la vida que llega y seguir los caminos por los que nos va llevando.

La familia. Por último, el Hogar de Cristo es una familia. Cada comunidad trata de que quienes están más rotos y más rotas en la vida encuentren en la Iglesia una familia. Esto es muy importante, porque tiene que ver con la misión de la Iglesia y no estamos hablando simplemente de un centro de recuperación para adictos. Pensémoslo. ¿Qué pasa si las personas que están más rotas no quieren estar mejor, si el viejito borracho de la esquina ya no cree que puede mejorar? ¿Qué tenemos que hacer: convencerlo para que

quiera? ¿Y qué vamos a hacer con los que tratan y no pueden, y no alcanzan a organizar un poco su vida: vamos a dejarlos que se mueran solos en la calle? ¿Qué hubiera hecho Jesús? Si hacemos nuestros lugares solo para los que quieren hacer las cosas bien, para los que quieren recuperarse, convertirse, salir adelante, hay algo en nosotros que no está bien. Cristo se subió a la cruz no solo por nuestro cándido arrepentimiento; también lo hizo por nuestra dureza de corazón.

Esa es la diferencia entre un centro de recuperación y la Iglesia. El primero tiene como meta la reorganización de la vida y dura lo que dura un tratamiento. En el Hogar de Cristo buscamos la recuperación, pero más buscamos ser familia. Aunque queremos que las personas estén mejor, vamos a seguir estando y amando aunque no lo logren, más allá de cualquier tiempo institucional. La Iglesia supera cualquier lógica de eficacia, porque es familia.

Por eso el Hogar de Cristo es *familia grande*, porque hay un mismo sentir en los centros barriales, una misma mística. Es muy impresionante constatarlo cuando uno visita un centro que no conocía, hay algo en el ambiente similar a los otros. Es ese espíritu de familia que nace de la fe.

Por eso, cuando las comunidades se encuentran todos nos alegramos. Nos damos cuenta de que no estamos solos, que el camino que enfrentamos es similar, y que si estamos juntos es más fácil caminar. El Hogar de Cristo es familia grande donde entramos todos, donde la familia de cada centro barrial tiene también su lugar. La familia de las familias, la familia grande, el Hogar de Cristo, no es otra cosa que la Iglesia que se abre a los más rotos.